

Reyes y reinos de Paz. De la conversación entre las generaciones

Braulio Hornedo Rocha

Busca a tu complementario
que marcha siempre contigo
y suele ser tu contrario.

Antonio Machado (1938).

A Gabriel Zaid en sus 80 años.

El 26 de julio de 1949, exactamente cuatro años antes del asalto al cuartel Moncada en Cuba, el segundo secretario de la embajada de México en Francia, envía una carta firmada en París en esa fecha. Esta carta estaba destinada curiosamente, a quien también fungió como segundo secretario en la misma representación diplomática, sólo que en 1914, justo treinta y cinco años antes. Los mismos treinta y cinco años de edad que el remitente tenía en ese momento.

El destinatario había iniciado su carrera en la diplomacia por las mismas fechas del nacimiento del remitente. Y los destinos entrecruzados se empezaron a tejer en una compleja urdimbre de amistad, discipulado y creciente admiración, al principio, claro, del joven por el viejo, pero muy pronto la admiración fue mutua y profunda. Esta amistad que duró aproximadamente veinticinco años, contados desde las primeras lecturas de la obra de Alfonso Reyes, que hizo Octavio Paz

cuando era estudiante de preparatoria en San Ildefonso y que se mantuvo hasta la muerte del maestro y amigo a fines de 1959. Cinco lustros de amistad que fructificaron, para nuestra fortuna, no sólo en la tierra fértil de la cultura mexicana sino en la de todo el orbe.

Entre los corresponsales mediaban también cinco lustros entre sus respectivas fechas de nacimiento. Octavio Paz había nacido a finales de marzo de 1914. Alfonso Reyes nació a mediados de mayo de 1889. Estos veinticinco años de diferencia entre las respectivas experiencias de vida, representaban un poderoso acicate para el entusiasta remitente, que se extiende en sus misivas, para solicitar la orientación del maestro y el apoyo del amigo, con el fin de lograr publicar algunos libros que no lograban encontrar su lugar en ninguna casa editorial, tras varios fallidos intentos.

Este intercambio epistolar nos brinda abundantes pistas en torno a las vidas de dos, de los más importantes caudillos culturales del siglo XX mexicano. Alfonso Reyes el destinatario, que fue el escritor más destacado en la primera mitad del siglo XX mexicano y Octavio Paz el remitente, que sin duda fue la figura señera en la segunda mitad del pasado siglo. Los dos son, también, miembros emblemáticas de sus respectivas generaciones. Reyes de la generación del Ateneo, o generación 1885, si atendemos a la fecha de nacimiento de sus miembros, esto es, de los nacidos en el quindenio que va de 1878 a 1892, y Paz, de la generación de Taller, o generación 1915, es decir, de los nacidos en los quince años transcurridos entre 1908 a 1922. Siete años antes y siete después del año central de nacimiento de cada generación. (Cf. <http://www.humanistas.org.mx>).

Octavio Paz, está consciente de seguir los pasos de su maestro y amigo. Sabe de la importancia estratégica de recibir los beneficios de su generosa guía. Alfonso Reyes, a su vez, había conocido los

esfuerzos del adolescente a través de la revista estudiantil titulada *Barandal*, y posteriormente de la revista *Taller*, la que incluso ayudaría a publicar con un préstamo en efectivo, que se volvería, poco después, un obsequio.

El sexagenario maestro, entiende que su joven discípulo, depende de su orientación, no sólo en el oficio de la diplomacia, sino también, en tejer una urdimbre de amistades intelectuales afines en la Francia de sus amores, pero sobre todo, el maestro se siente comprometido de acompañar la lenta maduración de una obra. Reyes decide estar presente en la evolución intelectual, *de un espíritu excepcional*, el espíritu de Octavio Paz, como lo califica certero Gabriel Zaid, en un memorable ensayo con ese mismo título.

Octavio Paz era, en 1949, un joven diplomático en funciones de segundo secretario en la embajada de México en Francia, tenía 35 años de edad y había iniciado su trabajo en el servicio exterior mexicano, apenas cinco años antes, cuando viaja a los Estados Unidos, a fines de 1943, como resultado de una beca Guggenheim que obtuvo con el consejo y apoyo de Alfonso Reyes. Paz se inició al siguiente año como empleado eventual, primero en el servicio consular mexicano en San Francisco, California, y a partir de octubre de 1944 recibe su primer nombramiento de canciller de tercera en la rama consular. En agosto de 1945 es promovido a canciller de segunda y se le ordena trasladarse a Nueva York. En octubre del mismo año, el secretario de Relaciones Exteriores, el doctor Francisco Castillo Nájera, que fue Canciller durante la administración del último de los generales de la Revolución, que fungió como Presidente de México, el "general caballero" Manuel Ávila Camacho. El doctor Castillo Nájera, quien también fuera amigo cercano de su padre, el licenciado Octavio Paz Solórzano, lo promueve a tercer

secretario, pero ya de la rama diplomática, al tiempo que le ordena trasladarse al París de la posguerra.

París, la ciudad luz, en ese momento en penumbras, al final de la contienda bélica, no era precisamente una fiesta, sino que reflejaba entre la devastación material y los dolidos sobrevivientes, los terribles estragos de la Segunda Guerra Mundial. Llega allí el 9 de diciembre de 1945. Sus rápidos ascensos continúan cuando el nuevo Canciller en el gobierno entrante del presidente Miguel Alemán (1946-1952), es el también poeta Jaime Torres Bodet, miembro destacado de la generación 1900, esto es, de los nacidos entre 1883 y 1907, generación intermedia entre las generaciones de Reyes y Paz. Jaime Torres Bodet conocía al joven diplomático, desde la época de la revista *Contemporáneos*, que da nombre a su generación, y sabía de su precoz inteligencia y buen desempeño en el trabajo diplomático, por lo que lo asciende a segundo secretario, a partir de mayo de 1947, conservándolo en la misma sede.

Paz escribe dirigiéndose siempre a *don* Alfonso Reyes con admiración y respeto. Su maestro y amigo tenía 60 años en aquel entonces y había concluido exitosamente, diez años antes, su larga carrera diplomática, en 1939. Pero Alfonso Reyes también había conseguido consolidar recientemente, su figura intelectual en México, logrando ser reconocido como *profeta en su tierra*, después de una ausencia de casi veinticinco años y sobre todo, de ser hijo de quien era, el estigma de su padre como enemigo de la Revolución. Parte de ese reconocimiento para don Alfonso Reyes fue, en esa década de los años cuarenta, nombrarlo Presidente fundador de El Colegio de México (1940), y miembro fundador en El Colegio Nacional (1943), también se le otorgó el Premio Nacional de Literatura (1945). Estas altas distinciones fueron cosechadas tras una larga ausencia del país de

poco más de cinco lustros y eran justa recompensa a una obra resultado de toda una vida de infatigable trabajo.

El punto principal, aunque no el único, de la misiva de Octavio Paz del 26 de julio de 1949, fue para agradecer las variadas gestiones que Alfonso Reyes, en esa fecha Presidente de El Colegio de México, había realizado tras un difícil acuerdo con Daniel Cosío Villegas, por entonces director del Fondo de Cultura Económica, a fin de lograr la publicación, en la colección Tezontle, que patrocinaba El Colegio, de la primera edición de *Libertad bajo palabra* (1949). En este poemario se retrata la maduración de la conciencia creadora de su autor, quien lo calificó muchos años después, —en entrevista con Anthony Stanton— como su verdadero primer libro, a pesar de tener ya seis títulos juveniles publicados previamente: *Luna silvestre* (1933), *No pasarán* (1936), *Raíz del hombre* (1937), *Bajo tu clara sombra* (1937), *Entre la piedra y la flor* (1941), *A la orilla del mundo* (1942).

Libertad bajo palabra (1949) fue su verdadero primer libro, entre otras razones, por la entusiasta respuesta que obtuvo dicha publicación de la más granada crítica del momento. Diversos y prestigiados escritores reseñaron positivamente la obra. Escritores extranjeros de la talla de Gabriela Mistral, Julio Cortázar y José Bianco. Y nacionales, como los poetas Enrique González Martínez y Xavier Villaurrutia, entre otros.

El reconocimiento de Paz por esta publicación queda de manifiesto en la notable entrevista que Anthony Stanton realizó con el poeta y que se publicó en el número 145 de la revista *Vuelta* (diciembre de 1988). Así también como en la espléndida presentación del epistolario (1939 a 1959) preparado por Stanton y publicado en 1998 por el Fondo de

Cultura Económica y la Fundación Octavio Paz, un poco antes de la muerte del poeta.

Debo reconocer y agradecer esta publicación, porque esclarece el vínculo del discipulado entre dos personajes clave que conforman una tradición del pensamiento humanista mexicano. Una tradición resultado de la conversación entre las generaciones, que resulta de gran utilidad, para todo aquel interesado en ahondar en la relación de amistad entre Reyes y los reinos creadores de Paz. Asimismo nos sirve para establecer las necesarias simpatías y diferencias, entre ambos personajes fundamentales de la cultura mexicana.

Libertad bajo palabra (1949) es concebido por su autor como una especie de "diario ideal que retratase y reflejase la evolución y la maduración de un espíritu y una conciencia". Este compendio de poemas cernido por la autocrítica del autor, nos refleja el movimiento y maduración de su mente creadora y toma la forma de un libro con una arquitectura que "en sus divisiones espaciales, reflejase la corriente temporal" de una dimensión poética, la del espacio de la lectura del mundo en sus múltiples dimensiones.

Pero además del agradecimiento a Reyes por su valiosa ayuda para la publicación de *Libertad bajo palabra*, dicha carta (la vigésima cuarta en el epistolario compilado por Stanton), contiene también, un breve, pero profundamente certero retrato psicológico en dos pinceladas, que también es un reconocimiento al sabio mentor. Dice Paz: "Es cierto; aparte de lo que le debemos todos como aprendices de literatos y poetas, su mejor lección ha sido su incapacidad para el rencor y la envidia" (Stanton, 1998: 97).

Vale la pena detenernos en la aguda descripción del temple espiritual de don Alfonso, con un par de precisas pinceladas psicológicas trazadas por Paz. Ni la rabia y el ánimo de venganza por el asesinato de su

padre. Ni la envidia que desfigura y obnubila el entendimiento. Ninguna de estas emociones perturbadoras, fueron presencias resentidas en el espíritu y en la obra de Reyes. Por el contrario, su temple apolíneo, su convicción de héroe trágico, su cultivo del orden y la amabilidad, su comprensión paciente y enseñanza generosa fueron las virtudes que marcaron en Reyes, la que fue su fuerza más poderosa, su infatigable fortaleza humanista. Fue también, sin duda, la más difícil disciplina que don Alfonso supo practicar constantemente y a veces también transmitir a sus innumerables pupilos y lectores en obras diversas, pero en particular en una, tan breve como también sustanciosa, la *Cartilla moral*.

A partir de la mejor lección recibida y señalada con gran agudeza por Octavio Paz, Stanton resume el carácter de Reyes a través de una penetrante glosa de la Oración del 9 de febrero: "Aquí morí yo y volví a nacer... Todo lo que salga de mi en bien o en mal será imputable a ese amargo día... Dejé enterrados los resortes de la agresión y la ambición", escribe Reyes en ese texto que tardó diecisiete años en fraguar por escrito, y que después guardó en un cajón y lo mantuvo inédito, dejando instrucciones para ser publicado después de su muerte. "Fiel a la ley de la tragedia griega, —dice Stanton— Reyes cree que la única manera de desterrar la violencia y el peligro del caos destructor es a través de una catarsis sacrificial, de un exorcismo. Resultado: el orden, la medida y el equilibrio serán los valores de su conducta y los parámetros de su obra de creación". Lo que he llamado más arriba su carácter apolíneo que se expresa en un soneto que resume la "Oración del 9 de febrero" (Reyes, 1981: 146):

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pilas.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo —militar—, te nos morías...

Desde —entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empujones,
en el afán de poseerte tanto.

Y que duda cabe, sino estar de acuerdo con lo expresado recientemente por Christopher Domínguez en *Letras libres* (sep. 2013): “La *Oración del 9 de febrero* (1930) de Alfonso Reyes, es una de las piezas más perfectas y conmovedoras en la historia de la prosa hispanoamericana”. Me permitiría señalar que también es una de las piezas más perfectas y conmovedoras de la poesía de nuestra lengua. Por el ensayo que se resume y resuena en las imágenes poéticas y el argumento del soneto.

En contraste con la visión del padre evocado con imágenes de Aquiles y Alejandro y de César y de otros capitanes, ilustres por las armas y algunas veces también por la prudencia, que se manifiesta en los escritos íntimos de Alfonso Reyes. Para Octavio Paz, la figura paterna significa una dolorosa ausencia con la que nunca pudo hablar, ausencia cotidiana y confusa en la niñez y adolescencia. Paradójicamente la herencia espiritual es indiscutible, pues la filiación entre Octavio Paz Solórzano (el güero Paz como le decían los zapatistas que lo conocieron) y Octavio Paz Lozano, es la del hijo poeta

que hereda el espíritu del padre, también poeta, pero en la práctica revolucionaria del espíritu libertario.

El 8 de marzo de 1936 muere Octavio Paz Solórzano, el padre ausente, en un trágico accidente ferroviario en la estación Los Reyes - La Paz en el Estado de México. En dos poemas célebres, el poeta presenta la imagen del padre despedazado en ese trágico y no del todo esclarecido, accidente ferroviario. En el poema titulado *Mis palabras*, publicado en el libro *Pasado en claro* (1975: 27), dice en un conocido fragmento:

Del vómito a la sed,
atado al potro del alcohol,
mi padre iba y venía entre las llamas.
Por los durmientes y los rieles
de una estación de moscas y de polvo
una tarde juntamos sus pedazos.
Yo nunca pude hablar con él.
Lo encuentro ahora en sueños,
esa borrosa patria de los muertos.
Hablamos siempre de otras cosas.

De la conversación onírica con los muertos, se pasa a la crónica del instante sin tiempo, cuando los últimos momentos de la vida de su padre se entremezclan con la experiencia traumática de recoger sus despojos. El poema se titula: "A la mitad de esta frase..." y se incluye en el libro *Vuelta* (1976: 35) publicado justamente cuarenta años después del aciago suceso. Reproduzco un fragmento.

No estoy en el crucero:
Elegir
es equivocarse.
Estoy
en la mitad de esta frase.
¿Hacia dónde me lleva?

Octavio Paz, recuerda otro hecho importante de ese año ingrato, en el que las fechas luctuosas quedan entrelazadas entre nuestros poetas huérfanos a la misma edad. El 8 de marzo es justo un mes después del 9 de febrero, aunque por supuesto, veintitrés años más tarde. Los mismos veintitrés años que Octavio Paz tenía cuando sucede la muerte de su padre. Él mismo apunta el hecho de rehusar graduarse y convertirse en abogado como su padre.

En 1936 abandoné los estudios universitarios y la casa familiar. Fue mi primera salida. Aunque terminé mi educación universitaria, me rehusé a presentar la tesis. Me negué a convertirme en abogado. Yo sólo quería ser un poeta y, aunque parezca extraño, un revolucionario.

Esta declaración final del poeta de "aunque parezca extraño", representa, a mi discutible parecer, una reconciliación filial del niño profundamente resentido con la ausencia paterna. El hijo perdona y se reconcilia con el espíritu revolucionario del padre muerto. Cabe señalar también, el desdén con el que el universitario Octavio Paz Lozano, rechaza su graduación universitaria. El anarquismo aprendido en las tempranas lecturas con su amigo de la secundaria José Bosch, y aprendido también del ejemplo congruente de su padre libertario, se traduce, en un singular acto de rebeldía ante la educación universitaria escolarizada y la dolorosa pérdida de su padre, el abogado Octavio Paz Solórzano. El hijo se niega a convertirse en abogado, pero en cambio, se asume como poeta y también como revolucionario. La semilla paterna florece y fructifica en el hijo revolucionario.

Las semejanzas, pero sobre todo las diferencias ante la muerte de sus respectivos padres son profundas. Por un lado, el general Bernardo Reyes, exitoso político y destacado militar, presidenciable en las postrimerías del porfirismo, y que encabeza el golpe de estado contra el

presidente Madero, y que les cuesta la vida a ambos. Ese fue el caso del padre de Alfonso Reyes. Y por el otro lado, la figura del revolucionario anarquista, congruente con sus convicciones zapatistas en el caso del padre de Octavio Paz. Estas diferencias quedan de manifiesto en la sensibilidad filial de los poetas, no sólo por la diferencia de edad, sino precisamente por las diferencias de sensibilidad vital de sus respectivas generaciones, diferencias que se expresan en las afinidades del amor filial. Los dos son hijos de un padre político, el uno partidario del antiguo régimen, el otro, revolucionario anarquista. Los dos enfrentan la experiencia casi a la misma edad, entre los veintitrés Paz y los veinticuatro años Reyes, pero en cada uno se marca una ruptura, una necesidad inaplazable de tomar distancia con lo sucedido.

A mediados de 1959, Octavio Paz visita en la Capilla Alfonsina a un Alfonso Reyes, visiblemente fatigado, esa noche es la víspera de la salida de Octavio Paz a París. Don Alfonso presiente también su próxima partida de este mundo, por lo que previene a su visitante, entre una y otra toma de oxígeno y con la sobria embriaguez del momento: "Quizá no volvamos a conversar, ya me queda poco tiempo aquí." Efectivamente, no volvieron a conversar en persona, pues Reyes murió los últimos días de ese año, al amanecer del 27 de diciembre de 1959. Pero la conversación continuó por el resto de la vida de Paz, quien con frecuencia *conversaba* con su maestro, escuchándolo con los ojos, a través de la conversación por otros medios que es la lectura. Octavio Paz, recuerda el amor profesado por Reyes al lenguaje, cuando rememora a su maestro, tras enterarse de su muerte, por un telegrama enviado por Manuel Calvillo (secretario de Reyes). Paz escribe un texto titulado "El jinete del aire" fechado en París el 4 de enero de 1960, donde sobresalen el amor de Reyes por el lenguaje y sus amores por la forma, la libertad creadora y la vida.

El amor de Reyes al lenguaje, a sus problemas y sus misterios es algo más que un ejemplo: es un milagro. Pocas veces vi a Reyes tan lúcido, tan claro y relampagueante, tan osado y tan reticente y, en una palabra, tan vivo, como aquella noche en que me hablara, entre una y otra toma de oxígeno, de las delicias y los peligros de Licofrón y Gracián... El amor, los amores de Reyes, eran distintos: amor a la forma, amor a la vida. La forma es la encarnación de la vida, el instante en que la vida pacta consigo misma... Reyes el enamorado de la medida y la proporción, hombre para el que todo, inclusive la acción y la pasión, debería resolverse en equilibrio, sabía que estamos rodeados de caos y silencio... Su amor por la cultura helénica, reverso de su indiferencia ante el cristianismo, fue algo más que una inclinación intelectual... La literatura griega no le reveló una filosofía, una moral, un "debe ser", sino al ser mismo en su marea, en su ritmo alternativamente creador y destructor... Reyes escribió una y otra vez que la tragedia es la forma más alta y perfecta de la poesía, porque en ella la desmesura encuentra al fin su tensa medida y, así, se purifica y redime. La pasión es creadora cuando encuentra su forma. Para Reyes la forma no era una envoltura ni una medida abstracta sino el instante de reconciliación en el que la discordia se transforma en armonía. El verdadero nombre de esta armonía es libertad: la fatalidad deja de ser una imposición exterior para convertirse en aceptación íntima y voluntaria... Estas ideas dispersas en muchas páginas y libros de Reyes, son la sangre invisible que anima su obra poética más perfecta: *Ifigenia cruel*... una de las obras más perfectas y complejas de la poesía moderna hispano americana... A Reyes la erudición no lo paralizó porque se defendió con un arma invencible: el humor. Reírse de sí mismo, reírse de su propio saber... Reyes no fue hombre de partido, no lo fascinó el número ni la fuerza; no creyó en los jefes; no publicó adhesiones ruidosas; no renegó de su pasado; de su pensamiento y de su obra; no se confesó; no practicó la "autocrítica"; no se convirtió. Y así, sus indecisiones y hasta sus debilidades —porque las tuvo— se convirtieron en fortaleza y alimentaron su libertad. Este hombre tolerante y afable vivió y murió como un heterodoxo, fuera de todas las iglesias y partidos. (J. W. Robb, 1996: 148-158).

Para hablar sobre Octavio Paz, podemos repetir al pie de la letra, lo que él admiraba y decía de sus maestros: Reyes el poeta y Ortega el ensayista, por ejemplo podemos decir:

... que (Paz) este hombre tolerante y afable vivió y murió como un heterodoxo, fuera de todas las iglesias y partidos. (Robb, 1996).

Decir que (Paz) fue un verdadero ensayista, tal vez el más grande de nuestra lengua: es decir, fue maestro de un género que no tolera las simplificaciones de la sinopsis. El ensayista tiene que ser diverso, penetrante,

agudo, novedoso y dominar el arte difícil de los puntos suspensivos. No agota su tema, no compila ni sistematiza; explora... La prosa del ensayo fluye viva, nunca en línea recta, equidistante siempre de los dos extremos que sin cesar la acechan: el tratado y el aforismo. Dos formas de la congelación. (Vuelta 48, dic. 1980: 31).

Si no hay más educación que el ejemplo, el magisterio de Reyes es el de ponernos el ejemplo de un incansable amor por el lenguaje, ese cambiante *Proteo* de las ideas. El amor de Paz por el lenguaje, más que un ejemplo heredado de su maestro Alfonso Reyes, es una imagen guía del que marcha siempre con nosotros y suele ser nuestro contrario. Ese otro, que somos nosotros mismos en el espejo, y que fue, en el poeta Octavio Paz, todo un programa de vida. Una forma de *hacer el mundo* y una forma de *ser en el mundo*. El ejemplo de la vida y la obra de Paz, es todo un milagro. El milagro de reconocer y agradecer que Octavio Paz, un espíritu excepcional, esté y continúe estando entre nosotros.

Bibliografía

Paz, Octavio (1975), *Pasado en claro*, México: Fondo de Cultura Económica.

___ (1976), *Vuelta*, Barcelona: Seix Barral.

___ *José Ortega y Gasset el cómo y el para qué*. Revista *Vuelta* 49, diciembre de 1980.

Paz, Octavio y Anthony Stanton, *Genealogía de un libro*, Revista *Vuelta* 145, diciembre de 1988.

Reyes, Alfonso (1981), *Constancia poética*, Obras completas X, México: Fondo de Cultura Económica.

Robb, James W (comp.) (1996), *Más páginas sobre Alfonso Reyes*, Octavio Paz, El jinete del aire. Vol. III, Primera parte, México: El Colegio Nacional.

Zaid, Gabriel (1998), "Un espíritu excepcional", *Memoria*, El Colegio Nacional. Disponible en:

http://www.colegionacional.org.mx/SACSCMS/XStatic/colegionacional/template/pdf/1998/35%20%20Gabriel%20Zaid_%20Un%20e%20spiritu%20excepcional.pdf

Braulio Hornedo Rocha: www.braulio-hornedo.com. Arquitecto de la Universidad Nacional Autónoma de México www.arquitectura-ecologica.com y Doctor en Filosofía del Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos. Asesor de el Colegio Nacional (1988-2008), Academia Mexicana de la Lengua (1990-2002), Fondo de Cultura Económica (1986-1992), Rector en la Universidad Virtual Alfonsina (2008-2012) www.univirtual.mx. Líneas de investigación: tradiciones del pensamiento humanista mexicano siglo XIX www.humanistas.org.mx, el mito del progreso www.contraelprogreso.com. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Homero en Cuernavaca* (2009), *El mito del progreso* (2008) y *La Iliada de Homero en Cuernavaca* (2005).